

Muy breve noticia de la Revolución mexicana

Pedro Siller
Vázquez*

Al final del siglo XIX México parecía haber entrado en una época en la que las rebeliones y asonadas que tanto habían proliferado desde la Independencia, habían quedado atrás. La presidencia de la República en manos del general Porfirio Díaz desde 1877, reflejaba el lema de “orden y progreso” y el desarrollo de las comunicaciones y la creciente urbanización, así como la modernización expresada en la inversión extranjera, parecían confirmarlo.

A escala mundial, la paz militar encubría una lucha económica en la que las potencias mundiales intentaban su expansión comercial. Y parafraseando a Eric Hobsbawm, en México las grandes transformaciones transcurrieron en las últimas décadas del siglo, cuando se produjo su incorporación a la economía mundial como exportador de materias primas: las minas y bosques de Chihuahua, el algodón de La Laguna, el henequén de Yucatán, el azúcar de Morelos, y la economía nacional dependió del precio de ellas.¹

Para esta incorporación, se hicieron las adecuaciones necesarias como las reglamentaciones financieras, desarrollos de las vías férreas, cambios jurídicos sobre explotación del subsuelo y, sobre todo, el cambio del patrón plata al oro en 1905, fecha ésta cuando se inició una polémica acerca de cómo México se insertaría en adelante en la economía mundial y algunos lo llamaron “la querrela de las elites.”

El descendiente de una acaudalada familia norteña, Francisco Ignacio Madero, acaudilló un movimiento de protesta para modernizar la política acorde a los tiempos que transcurrían. Desde el inicio de su campaña electoral a la presidencia en abril de 1910, aprovechó el margen democrático anunciado dos años antes por Díaz en su entrevista con el periodista James Creelman; luego, formó clubes y a la usanza moderna hizo giras electorales, hasta que reveló la intolerancia política del régimen cuando se le encarceló en el mes de junio y escapó hacia la frontera norteamericana. Poco después desde San Antonio, Texas, con el Plan de San Luis, hizo un llamado a la guerra civil.

Hubo en este movimiento una multiplicidad de actores con su identidad regional y su memoria particular, y sin duda el éxito del líder consistió en reunirlos en un solo movimiento que cuestionó la legitimidad del porfirismo. Así, “Lo que había comenzado como una división de las elites acabó movilizándolo al resto de la sociedad”.²

El estallido fue intenso en Chihuahua, que a principios del siglo XX era próspera gracias al desarrollo de los ferrocarriles y a su inserción en la economía mundial. Su rebelión se originó por la asfixia a la que los sometía la elite local y porque la cadena rebelión-negociación-nuevas reglas-rebelión- etcétera, era una tradición a lo largo del siglo anterior. Además, se



*Docente-investigador de la UACJ.

¹Eric Hobsbawm, “Peasants and Rural Migrants in Politics”, en Claudio Veliz, *The Politics of Conformity in Latin America*. Oxford, New York, 1967, p. 43.

²Francois-Xavier Guerra, “Por una lectura política de la Revolución Mexicana”, en *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*. Gobierno del Estado de San Luis Potosí, México, 1991, vol. II, p. 460.

Dossier

INDEPENDENCIA
Y REVOLUCIÓN,
ITINERARIOS
E IMÁGENES



les sumaron unos proletarios migrantes que habían hecho camino sobre las vías del tren en busca de trabajo, del sur hacia el norte, pasando por Torreón a la pizca del algodón, a la minería serrana de Chihuahua o a los campos mineros de Arizona mientras en el sur mexicano, Emiliano Zapata abanderó la lucha contra el despojo agrario. Todo esto coincidió en lo nacional con el maderismo y en lo internacional con un ambiente de desgarrada competencia.

La lucha maderista fue breve. Con los Acuerdos de Ciudad Juárez el 21 de mayo de 1911 algunos celebraron la victoria, pero no todos porque la movilización había traído un cambio en las actitudes populares y ahora se expresaban abiertamente los motivos de la ruptura con el porfirismo: elecciones libres; huelgas; revisión de los derechos de agua para los pueblos; y muchas otras demandas que el gobierno interino de León de la Barra trató de contener.

El gobierno maderista inaugurado el 6 de noviembre de 1911, padeció una inestabilidad crónica. A los pocos días enfrentó la rebelión abanderada con el Plan de Ayala y poco después la de Pascual Orozco en Chihuahua. Además, se caracterizó por procesos electorales en los que los maderistas desconfiaron de un sufragio libre cuando podría dar la victoria a sus rivales. Así, el 9 de febrero de 1913, acosado por unos y por otros, se inició la Decena Trágica. Una vez muerto, Madero se convirtió en una bandera a reivindicar, Martín Luís Guzmán lo resumió así en 1919:

Madero es [...] el hombre que nos hubiera salvado; el héroe que nos salva en nuestra imaginación; el recipiente de la generosidad trascendental y del poder extrahumano que necesitaban los pueblos ya sin esperanza.³

³ Martín Luis Guzmán, "Madero", en *Obras*. FCE, México, t. I, pp. 40-41.

El vencedor, el general Victoriano Huerta, reprimió las reivindicaciones populares desatadas durante el maderismo. En las ciudades, por las noches, automóviles con policías recorrían las calles, y por la mañana se conocían las desapariciones de críticos al régimen, los asesinatos en el interior de las cárceles, los entierros clandestinos.

Venustiano Carranza, gobernador maderista de Coahuila, se negó a reconocer al nuevo régimen. Sonora hizo lo mismo y aprovechó su aislamiento con el centro y su cercanía con Norteamérica para obtener recursos para la lucha. Simultáneamente lo hizo Francisco Villa quien fue capaz de organizar la División del Norte. La de Zapata fue una continuación de la lucha que los sureños habían sostenido contra Díaz, la continuaron con Madero y la hicieron extensiva con Huerta.

El 21 de marzo de 1914, las tropas norteamericanas desembarcaron en Veracruz, lo que mostró que serían inflexibles en su propósito de aislarlo internacionalmente hasta derrocarlo, lo que sucedió el 15 de julio de 1914.

Carranza convocó a la Soberana Convención Revolucionaria pero ninguno de los caudillos estuvo de acuerdo en ceder su lideraz-

go en aras de la paz. Así que se estableció en el puerto de Veracruz, recién desocupado por los norteamericanos y con él, Obregón, para quien las reuniones en Aguascalientes fueron su primer acercamiento al escenario nacional. Los villistas y zapatistas se trasladaron entonces a la capital de la República donde sus tropas desfilaron por las principales avenidas el 6 de diciembre de 1914 y sus líderes aparecen en una de las fotografías más simbólicas de la Revolución mexicana, junto a la silla presidencial. Pero no hubo posibilidad de un proyecto común. Los villistas intervinieron las grandes haciendas cediéndolas a aparceros para sostener la lucha en forma de colonias agrícolas-militares; los sureños plantearon la devolución de las tierras a las comunidades étnicas originales pues según ellos su lucha databa de cuatro siglos atrás.⁴

El miedo fue la constante entre 1914 y 1915 cuando hubo solamente violencia y terror; resentimientos entre lo revolucionario y lo no revolucionario definido esto según cada jefe en una multiplicidad de soberanías regionales. Mientras, desde Veracruz los carrancistas lanzaron un decreto tras otro, sobre tierras, cuestiones obreras, divorcios y su victoria residió en ser capaz

de recuperar la síntesis nacional. El 19 de octubre de 1916 los norteamericanos reconocieron a Carranza como jefe de gobierno, y éste reunió una diputación constituyente en Querétaro el 20 de noviembre para el nuevo proyecto de país que recogía las demandas de tierra, trabajo y los derechos sociales; el 11 de marzo siguiente ganó las elecciones presidenciales.

En una retirada trágica, Villa había sido derrotado en Celaya en abril de 1915 y a fin de ese año disolvió la División del Norte. En el sur el zapatismo se convirtió en un "confuso, amargo y desgarrador ir cediendo".⁵ Su posterior asesinato el 10 de abril de 1919 no dejó otra alternativa a los restantes líderes surianos que la de sumarse al constitucionalismo y abandonar lo que formaba la esencia misma de su movimiento: la autonomía de los pueblos.⁶ Cuatro años después Villa corrió la misma suerte.

El carrancismo triunfante inició la devolución del poder político a los civiles como expresión de la eterna tarea postbélica de salvar al país de sus salvadores, pero el 23 de abril de 1920 unos rebeldes proclamaron el Plan de Agua Prieta acusando al presidente de intentar imponer un sucesor y fue acribillado en su huida a Veracruz. El 1 de diciembre, Álvaro Obregón fue investido como nuevo Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

La elite económica resurgió, pero se les vetó su participación en política y la idea de que (casi) todo cabía en la pos-revolución fue la base de la conciliación nacional. En el exterior, un nuevo orden internacional surgido del fin de la Primera Guerra Mundial fortaleció el papel de los Estados Unidos en el área.

Una vez concluida la etapa armada en 1920, la actitud de los obreros y sobre todo de los campesinos fue diferente.



⁴Véase el discurso de Paulino Martínez, en Florencio Barrera Fuentes, *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*. FCE, México, 1962, t. I, p. 506.

⁵Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*. Siglo XXI, México, 1971, p. 243; Samuel Brunk, "The Sad Situations of Civils and Soldiers: the Banditry of Zapatism in the Mexican Revolution". *Hispanic American Historical Review* (1996), p. 344.

⁶Horacio Crespo, "Sobre los orígenes del zapatismo", en *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*. San Luis Potosí, México, 1991, vol. I, 1991, *passim*.

Dossier

INDEPENDENCIA
Y REVOLUCIÓN,
ITINERARIOS
E IMÁGENES



Exigían en lugar de pedir. Se sentaron en las cámaras de diputados y senadores, donde unos años antes no hubieran siquiera imaginado entrar. Si después paulatinamente perdieron o no esas otras batallas, las de la posrevolución, es también historia a contar, pero ya no es ésta.

La consumación del anticlericalismo revolucionario en la Constitución de 1917

Jorge Arturo Machado Márquez*

A cien años del estallido de la Revolución mexicana se debe realizar una revisión profunda sobre la historiografía y de cada uno de los resultados emanados del movimiento. La Constitución de 1917 fue uno de ellos, la nueva Carta Magna sería el naciente instrumento a partir del cual se habría de reglamentar la vida política, social y económica del país. Además, el compromiso de esta Carta Magna era atender los reclamos del movimiento armado, pero también respondía a las pasiones e intereses de la facción triunfadora de ese momento.

Una de sus características fue el enfoque anticlerical, era la consumación anticlerical de la política que se había venido dando desde 1914 y que agudizó el conflicto entre la Iglesia y el Estado; de acuerdo con Alan Knight, muchos carrancistas aborrecían profundamente a la Iglesia católica, sentimiento que era parte de un complejo de ideas afines relacionadas con problemas de la sociedad mexicana y con las soluciones que se necesitaban. Este sentimiento no fue nuevo, recibió estímulos poderosos de la Revolución, la que pareció brindar una oportunidad

para poner en práctica todas las posibilidades con la intención de reducir la influencia de la Iglesia católica en la sociedad mexicana.

Los revolucionarios procuraron hacer una sociedad mexicana progresista, moderna, con la intención de favorecer el surgimiento de un Estado eficiente, provisto de una burocracia competente y de una educación laica patrocinada por el Estado, que daría una población educada y leal a los valores de la Revolución. Por tanto, la Iglesia católica era un obstáculo para el progreso, chocaba con los intereses estatales al atribuirse algunos derechos sobre los mexicanos, el moderno régimen debía enfrentar a la Iglesia católica dentro del terreno de la legalidad, sobre todo cuando el catolicismo y la Iglesia eran vistos como los responsables de los males que aquejaban al país: atraso económico, analfabetismo, ignorancia y fanatismo. La Iglesia era el freno para el desarrollo económico. El constituyente Salvador Guzmán, declaró que la República se salvaría cuando el pueblo mexicano aprendiera a leer antes que a rezar, se acostumbrara al camino del taller antes que al de la cantina y a usar el arado antes que el incensario.

Los Artículos diseñados de acuerdo a la visión de los constituyentes y a través

* Docente del Programa de Historia de la UACJ.